

Egipto, ahora en preparación por ambos autores, culminarán esa larga visión histórica, que tiene algunos precedentes científicos en España (los sevillanos del profesor Calderón Quijano y su escuela en particular). Tiene también como finalidad «contribuir de alguna forma a la conservación del patrimonio monumental de Ceuta, un patrimonio aún importante, testimonio actual del pasado de la ciudad, y que hoy pone su impronta inconfundible en el paisaje urbano» (p. 21). Por último, es un estudio muy documentado y bien acabado del proceso de conformación territorial de esa plaza y de sus límites actuales con Marruecos.

El resultado es este hermoso volumen con 1.105 mapas y planos, de entre 1415 y 1912, muchos de ellos casi desconocidos o inéditos, que nos ofrece una visión acabada y convincente de esta singular ciudad, ubicada en la más importante encrucijada marítima del planeta, que fue primero romana-bizantina (hasta el siglo VIII), árabe después (s. VIII-XV), más tarde portuguesa (s. XV-XVII) y desde 1640 unida a la Monarquía española por voluntad de sus habitantes.

El trabajo de J. B. Vilar y de M^a. J. Vilar nos ayuda a leer con claridad, erudición e inteligencia unas imágenes del pasado –felizmente pasado– que son esos mapas de las tierras meridionales del Mediterráneo, mal conocidas entonces, y esos planos militares, de una agresividad bélica de otras épocas y de otros proyectos políticos actualmente en gran parte superados.

Mikel de Epalza
Universidad de Alicante

CABRERA ACOSTA, Miguel Ángel: *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*, Ediciones Cátedra y Universitat de València, colección: Frónesis, núm. 30, Madrid-Valencia, 2001, 188 pp.

Ensayo historiográfico en el que el profesor titular de historia contemporánea de la Universidad de La Laguna, Miguel Ángel Cabrera Acosta, aborda las innovaciones teóricas experimentadas por la investigación histórica en las dos últimas décadas, al calor del debate que ha suscitado recientemente la naturaleza del conocimiento histórico. Tras analizar la obra publicada, entre otros, por Keith M. Baker, Patrick Joyce, Zachary Lockman, Joan W. Scott, William H. Sewell, James Vernon, Margaret R. Somers y Richard Biernacki, el autor llega a la conclusión de que en estos años posmodernos se ha ido fraguando un nuevo paradigma historiográfico, al que alude con los términos *nueva historia*, *historia discursiva* o *historia postsocial*, que reclama «un nuevo orden del día para la investigación histórica» de la misma manera, añade, que en su día lo hizo la *historia social*.

Precisamente, la obra arranca con la crisis del paradigma de la *historia social* en los años setenta, tanto del materialismo histórico como de la Escuela de los Annales, cuando las insuficiencias explicativas del modelo dicotómico de la sociedad en base a una esfera objetiva, la estructura socioeconómica, y otra subjetiva derivada de ésta, la realidad cultural, aconsejó a varios historiadores flexibilizar la correlación de ambas. Consecuencia del proceso fue la irrupción de la *historia sociocultural* y la paulatina sustitución de la llamada *historia total*, que contempla todos los ámbitos de la sociedad como piezas complementarias de un conjunto inteligible, por la dispersión temática al calor de la *microhistoria* y la *historia de la vida cotidiana*, las cuales reducen la escala de observación de la investigación con el propósito de captar la interacción entre los condicionantes socioeconómicos y la conducta de los individuos. Paralelamente, mientras los autores más radicales desechaban todo rastro de causalidad social y resucitaban la autonomía de la esfera cultural en un tono meramente revisionista, otros iban fraguando, poco a poco, el nuevo paradigma historiográfico.

En base a su labor hermenéutica, Miguel Ángel Cabrera detecta que la piedra angular del nuevo paradigma historiográfico es la interposición de una esfera específica con su propia lógica interna, nominada con los términos *discurso* o *metanarrativa*, entre las supuestas esferas objetiva y subjetiva, con lo que el debate suscitado por el grado de autonomía de las manifestaciones culturales con respecto a la estructura socioeconómica ha quedado obsoleto. Para la *historia postsocial*, el *discurso* o *metanarrativa* es el patrón de significados mediante el cual los individuos aprenden y conceptualizan la realidad social en la que están inmersos, encauzando por derroteros diversos la experiencia vital. Al negar que los condicionantes socioeconómicos determinen de manera unívoca la actitud y conducta de las personas por la volubilidad del imaginario social, la *historia discursiva* ofrece una explicación en términos intelectivos a la diversidad de repuestas que un mismo fenómeno ha generado en el tiempo y el espacio, como ocurre con las reacciones que, desde la aceptación resignada a la rebelión social, ha suscitado la escasez de recursos básicos. En el caso de los fenómenos que hasta tiempos bien recientes han pasado inadvertidos en la sociedad a pesar de que su práctica es tan antigua como la propia humanidad, caso del abuso de menores, la *nueva historia* interpreta su afloración a resultas, no del descubrimiento de un hecho condenable, sino de su objetivación a la luz del nuevo *discurso* que empezó a fraguarse en los albores de la contemporaneidad.

En páginas sucesivas, Miguel Ángel Cabrera prosigue analizando la obra de los autores citados para dejar en evidencia la revisión que los conceptos históricos básicos han ido experimentado al calor de tan profunda renovación epistemológica. El punto de partida es el concepto de *sociedad*, considerado ahora como construcción discursiva o producto del imaginario social, con lo que ha perdido el carácter de instancia objetiva en sí misma y, por lo tanto, de herramienta de análisis causal para la investigación histórica. En coherencia con tales premisas, los *intereses* de los individuos, en lugar de derivar de manera espontánea de la posición socioeconómica de éstos como sostiene la *historia social*, son interpretados como consecuencia del significado que esa posición adquiere en

el seno de un determinado *discurso*. De esta manera es como los nuevos historiadores explican la actitud de los campesinos europeos ante situaciones de tan cruda explotación económica como el feudalismo, cuya abolición no formó parte de sus intereses hasta que éstos empezaron a sustituir el *discurso medieval* por el *discurso moderno* a la hora de conceptualizar su papel en la sociedad.

Algo similar ocurre con la *identidad* de los sujetos históricos, esto es, con el sentido consciente del yo, individual o colectivo, que para la *historia discursiva* deja de ser un mero reflejo de las relaciones sociales al interponer entre éstas y la realidad cultural el discurso vigente en el contexto respectivo. Tales tesis están ilustradas con la irrupción histórica del *sujeto feminista*, que Joan W. Scott explica como fruto del *discurso liberal* contemporáneo que permitió a la mujer repensar su posición social en términos de igualdad con el hombre para, a la luz de su discriminación, movilizar sus efectivos ante la contradicción existente entre la teoría y la práctica sociales. Con argumentos similares, no como el resultado automático de los cambios socioeconómicos habidos en los respectivos contextos, William H. Sewell, Margaret R. Somers y Zachary Lockman interpretan los orígenes del movimiento obrero en Francia, Inglaterra y Egipto, en este caso, merced a la sustitución del *discurso corporativo* tradicional, que organizaba a los trabajadores en función de la pertenencia a un mismo oficio, por el propio *discurso liberal*, que posibilitó la asociación indiscriminada de todos ellos y, a su calor, la reconstrucción de su identidad colectiva en términos de clase.

En el campo concreto de la acción política, Miguel Ángel Cabrera destaca que la *historia discursiva* no concibe tales hechos como una esfera subjetiva autónoma, cosa que hace la *historia tradicional*, ni como el eco de los intereses e identidades sociales, cosa que hace la *historia social*, sino a la luz del *discurso* que proporciona a los individuos su posición social, su papel como sujetos históricos y su escala de valores. La *historia discursiva*, pues, difiere tanto de la *historia tradicional* subjetivista, que persigue recuperar y explicar las motivaciones e intenciones de los agentes sociales, como de la *historia social* objetivista, que pretende reconstruir el contexto socioeconómico ante el supuesto de que la conciencia y la conducta de los agentes sociales son una mera expresión de éste. En contraposición a ambas, concluye el autor canario, el eje vertebrador del quehacer de la *nueva historia* gira en torno a la detección y el análisis del *discurso* o *metanarrativa* vigente en el contexto histórico investigado, el cual, sin negar un cierto vínculo con la estructura socioeconómica que, por lo demás, no es causal, conforma una esfera autónoma que rompe el modelo dicotómico introducido por la *historia social*.

En definitiva, se trata de una obra que no sólo nos hace reflexionar sobre el quehacer investigador, tarea a la que tan poco somos dados los historiadores, sino que, además, nos plantea nuevos retos a la hora de hacer historia, si bien, tal y como reconoce su propio autor, las disquisiciones oportunas aún no han cristalizado en una obra o línea de investigación concretas.

Julio Antonio Yanes Mesa
Universidad de La Laguna